

RAMÓN MERCADER

EL ASESINO DE TROTSKY





AGN
SECRETARÍA DE CULTURA Y TURISMO
MÉXICO

LEONARDO DE TROTSKY

El 20 de agosto de 1940 era un día soleado y bochornoso en Ciudad de México. Esteban Volkov, de 14 años, volvía del colegio cuando se percató de que había sucedido algo fuera de lo normal. Un túmulo de curiosos y periodistas se agolpaba en la puerta de su casa, custodiada por policías. Al acercarse, enseguida lo comprendió: su abuelo había sido víctima, por segunda vez en pocos meses, de un atentado. Su nombre era Lev Davídovich Bronstein, pero quizás les suene más si les digo que ese era el nombre oficial de Trotsky.

Eduard Puigventós, historiador y autor de *Ramón Mercader. El hombre del piolet* (Now Books, 2015)

Lev Davídovich era el intelectual marxista, el revolucionario que, junto con Lenin y la plana mayor bolchevique, había conseguido hacerse con el poder en Rusia en 1917. Después de una cruenta guerra civil y una ardua lucha con varios ejércitos extranjeros que había en el territorio, se habían alzado victoriosos y fundaban, oficialmente en 1922, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, el estado que incuestionablemente marcaría la historia del siglo XX a escala mundial y el destino de muchísimas personas dentro y fuera de sus límites. La aureola de Trotsky era extraordinaria. Se había hecho cargo con destreza, disciplina y organización del joven Ejército Rojo, que bajo su dirección y a pesar de multitud de adversidades había alcanzado la cifra de dos millones y medio de hombres con los que había derrotado a partidarios del zar, generales blancos, contrarrevolucionarios y mercenarios foráneos. >>

► Trotsky se había convertido en un personaje brillante y en símbolo y emblema del nuevo régimen. Pero era mucho más que eso: representaba también el teórico excelente, el modernizador de los transportes, el interlocutor válido con los sindicatos, el orador atrayente y el colaborador indispensable para la organización de la Internacional Comunista, organismo que pretendía agrupar a los partidos comunistas de todo el mundo para extender la experiencia soviética más allá de sus fronteras. Pero todo aquello que le hizo atraer numerosos admiradores también le supuso ganarse la enemistad de otros, por su autoritarismo, por el uso de la fuerza, porque se había unido a los bolcheviques solo a partir de 1917 y eso generaba múltiples envidias y desconfianza entre los militantes de la vieja guardia.

LA DESCONFIANZA DE STALIN

Trotsky no era, sin embargo, un hombre de partido, lo consideraba algo terriblemente administrativo y anodino; él era un tipo de acción, aunque confiaba ciegamente en sus dictámenes e infalibilidad. Y quien supo sacar partido de eso fue Iósif Vissarionovich Dzhugaschvili, Stalin.

El líder soviético había ido acaparando poder y sabía cómo jugar sus bazas. A la muerte de Lenin explotó la malquerencia a Trotsky e instrumentalizó a compañeros del partido para ir en su contra, a la par que empezaba a dictaminar que el trotskismo fuera una variante del marxismo desviada de la línea oficial. Así, el cada vez más marcado ostracismo se tradujo, con el paso de los meses, en una auténtica campaña en su contra y en el relevo de los cargos más destacados que ostentaba. Poco a poco, y siempre con el apoyo del partido, Stalin iba arrinconándolo: de este modo, perdería otros cargos menores en 1925, en 1926 se le expulsó del Politburó y del Comité Central, al año siguiente del propio partido, y se le deportó a Alma



▼ STALIN solo tuvo un enemigo capaz de hacerle sombra y ordenó su ejecución.

Ata, actualmente Kazajistán, en 1928. Pero aun así no cesaba en su actividad política, de modo que se le cortaron las comunicaciones y finalmente, en 1929, se tomó la resolución de expulsarle del país. Empezaba, pues, un largo periplo del viejo revolucionario que le llevaría, siempre con la presión de los servicios secretos soviéticos, a vagar por Turquía (1929-1933), Francia (1933-1935), Noruega (1935-1937) y finalmente México, donde parecía que podría encontrar, por fin, cierto remanso de paz, a sabiendas de que a partir de 1936, con

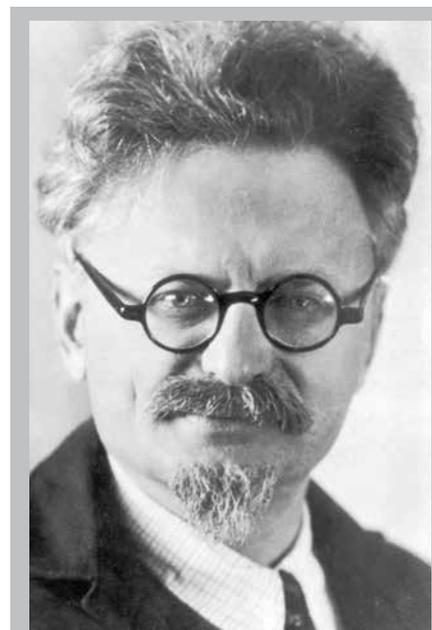
el inicio de las llamadas purgas en la Unión Soviética, pasaba a ser considerado, definitivamente, el instigador de la mayoría de desastres del país, el chivo expiatorio al cual culpar de los fracasos y deficiencias del sistema.

UNA FAMILIA SENTENCIADA

Llegado a este punto, había sido fijada su sentencia de muerte. Solo quedaba que alguien la cumpliera, y más cuando el cerco se había ido estrechando con la persecución y muerte, fuera por enfermedad, desamparo, en los gulags siberianos o ante un



◀ **EL DESPACHO DE TROTSKY** quedó desordenado y con el mobiliario caído, signos evidentes del ataque. Sin duda, lo más llamativo es el gran charco de sangre en el suelo, resultado de la herida causada por el piolet que Mercader le clavó en la cabeza.



DOSCIENTAS BALAS

En mayo de 1940 Lev Trotsky, su mujer y su nieto Esteban milagrosamente sobrevivieron a una lluvia de al menos doscientas balas que fueron disparadas contra ellos. Fue el primer intento de asesinato contra el político revolucionario. Solo a Esteban llegó a rozarle un proyectil en el tobillo. Los matones huyeron pero todo apuntaba a que pertenecían a los servicios secretos soviéticos. Stalin temía a Trotsky, solo él podía hacerle sombra.

Frank Jacson, amigo de la familia, se mostró indignado con el atentado: "Espero que la policía arreste pronto a los agresores, y que la clase obrera del mundo entero haga pagar caros sus crímenes a Stalin". Pero Jacson no era sincero. Tras la identidad del ingeniero en realidad se ocultaba el comunista barcelonés Ramón Mercader.

pelotón de ejecución, de la mayoría de miembros de su familia, incluidos hijos y nietos.

Prácticamente el único familiar de Trotsky que quedaba era Esteban, a quien todos llamaban Sieva. Su madre se había suicidado en 1933 y su padre murió en un gulag tres años después. Se había hecho cargo de él su tío Lev, hermanastro de su madre, quien a su vez murió envenenado en 1938, de modo que había sido reclamado por su abuelo, con quien se reunió en 1939. Y una vez más, los tentáculos de Stalin le arrebatarían a sus seres queridos.

Al cruzar la entrada principal de la casa vio dos policías que sostenían a un hombre con muy mal semblante, "hecho un guiñapo" —como me contó él mismo—, que no reconoció. A pesar de las indicaciones dadas por Trotsky, que ordenó que su nieto no presenciara la escena, Volkov descubrió enseguida qué había pasado: aquel hombre había intentado asesinar a su abuelo, quien entonces estaba siendo asistido por el médico catalán Wenceslau Dutrem, el mismo

que le había atendido a él cuando, en el atentado perpetrado por veinte hombres armados el 24 de mayo último, una bala le había rozado el pie izquierdo, aunque milagrosamente nadie más había sufrido ningún daño. Pero esta vez era bien distinto y el atacante no había cumplido su misión por muy poco. Fijándose otra vez en él, consiguió reconocerlo: era Frank Jacson, el ingeniero canadiense compañero de Sylvia Ageloff, seguidora de su abuelo, y a la vez amigo del matrimonio Rosmer, aquellos quienes le habían traído a México desde Europa y con quienes había compartido más de un año de estadía en la casa de la Avenida Viena en Coyoacán. Había ido de excursión con él, le había regalado un juguete, habían hablado en algunas ocasiones. ¿Se trataba, sin embargo, de un auténtico agente soviético?

LA VERDADERA IDENTIDAD

La verdad es que, como seguro que ya habrán adivinado, Frank Jacson no era el auténtico nombre del atacante. Tampoco era ingeniero ni había traba-



© Archivo General de la Nación, México. Fons Díaz, Delgado y García

▲ MIEMBROS DE LA PRENSA Y POLICÍAS posan con el piolet recuperado en la escena del crimen.

» do amistad con los Rosmer de corazón, ni amaba realmente a Sylvia. Jackson era en realidad Ramón Mercader, un barcelonés de 27 años infiltrado en los círculos trotskistas desde hacía un poco más de dos años, reclutado por los soviéticos durante la Guerra Civil española. Había sabido cómo acercarse lo suficiente al revolucionario y a su entorno para poder quedarse a solas con él y así poder cumplir su objetivo. Pero a la hora de la verdad, Trotsky se había mostrado más fuerte de lo que esperaba, tenía un espíritu resistente que había hecho que se lanzara sobre su atacante con fiereza y aguantara lo suficiente para que los guardias, alertados por su aterrador grito al ser golpeado, entraran

en el despacho para reducir a Mercader. Éste se había quedado paralizado al comprobar que el terrible garrotazo que le había asestado en la cabeza con un piolet no había sido suficiente para derribarlo —aunque le causara una herida de siete centímetros de profundidad por dos de ancho— y al ver la reacción de un Trotsky ensangrentado y sin gafas que se volvió e incluso le mordió la mano. La extraña elección del piolet y no el puñal o la pistola que llevaba también consigo era, justamente, para tratar de ser rápido, seco y hacer el mínimo ruido posible, de modo que esto le permitiera poder salir a la calle sin levantar sospechas. Allí le esperarían sus cómplices en la operación: su superior jerárquico, Leonid Eitingon, y su madre, Caridad del Río, más conocida como Caridad Mercader.

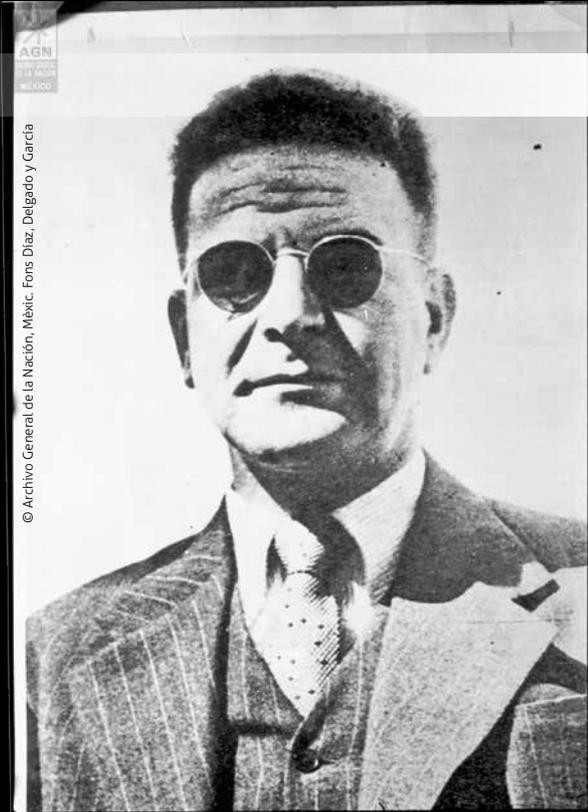


▲ CARIDAD MERCADER, la madre de Ramón fue cómplice en el asesinato de Trotsky.

MITOS Y RUMORES

La propia personalidad de Mercader, la idiosincrasia de la historia, las implicaciones políticas e ideológicas que se entremezclan, el asesinato y la ocultación de su identidad convirtieron la trayectoria vital de Mercader en mucho más que la historia de un crimen y la narración de un relato de espías. Desde el mismo momento en que se cometió el homicidio miles y miles de páginas aparecieron en periódicos, libros y revistas especulando sobre las motivaciones de tal acto, sus raíces, quién había detrás o cómo se perpetró. Y, obviamente, también se habló, y mucho, sobre la biografía del asaltante. Así, a partir de entonces han ido surgiendo multitud de rumores y mitos que en el libro *Ramón Mercader, el hombre del piolet* se intentan desmontar, desde el supuesto entrenamiento en la Unión Soviética en la artes de matar, pasando por el descubrimiento, a raíz de que fuera oído por un carcelero de origen catalán cantar el popular villancico *El noi de la mare*, hasta la imposible relación amorosa con Sara Montiel o bien el hecho de que Mercader estuviera presente en Praga durante los sucesos de 1968.

◀ **RAMÓN MERCADER**, español y comunista convencido. Fue por su conocimiento de nuestra lengua la clave que necesitaba Stalin para poder acabar con su acérrimo enemigo, a quién algunos consideraban el "heredero natural" de Lenin.



© Archivo General de la Nación, México; Fons Díaz, Delgado y García

JACSON-MORNARD-TORKOFF
asesino de Trotski.

¿CÓMO LLEGÓ MERCADER HASTA ALLÍ?

La verdad es que fue un cúmulo de casualidades y circunstancias. En el libro *Ramón Mercader, el hombre del piolet* se expone que no fue reclutado inicialmente para asesinar a Trotsky, como siempre se ha dicho, sino que fue su propia trayectoria y los errores de los que tenían que cumplir con tal misión lo que le empujó a tomar las riendas y aceptar ese destino. Hijo de una familia burguesa venida a menos, era elegante y cortés, hablaba cuatro idiomas y tenía buena formación. A los doce años su madre rompió todo lazo familiar, abandonó al marido y se lo llevó, a él y sus hermanos, a Francia, de donde Ramón retornó en 1929 o 1930 para trabajar en el hotel Ritz de Barcelona. Para entonces ya había iniciado su militancia marxista y pronto ingresó en el minúsculo Partido

Comunista de Cataluña (PCC), el más ortodoxo y dogmático de los que había en el Principado. Participó en las conversaciones iniciales que tenían como objetivo la fusión de las juventudes socialistas y comunistas, y fue encarcelado en junio de 1935 junto a 17 compañeros más justamente por formar una célula comunista bajo la tapadera de ser una entidad cultural. Con la victoria del Frente Popular en las elecciones del año 1936 fue amnistiado, convirtiéndose entonces en uno de los organizadores de las Olimpiadas Populares que tenían que haber empezado en Barcelona por las fechas en que el golpe militar sumió a todo el país en una sangrienta confrontación que duraría casi tres años.

LA GUERRA CIVIL

La verdadera prueba de fuego de su carácter y militancia fue la Guerra Ci-

vil. Junto a su compañera sentimental, la ferviente y dogmática Lena Imbert, combatieron a los sublevados en la Ciudad Condal y participaron del entusiasmo revolucionario que se desató en la zona leal a la República durante las primeras semanas del conflicto. Pero Ramón Mercader tenía claro que su lugar no estaba allí sino en el frente, de modo que el 25 o 26 de julio salió de Barcelona como voluntario de la división Karl Marx, que había ayudado a organizar con otros miembros del recientemente creado Partido Socialista Unificado de Cataluña, el PSUC, que englobaba al PCC, la Unión Socialista de Cataluña, la Federación Catalana del PSOE y el Partido Catalán Proletario. Participó en los combates en la Sierra de Alcubierre y Tardienta (Huesca), pero pronto tuvo que volver a la retaguardia al ser he- ▶▶

Los trotskistas, contrarios a las directrices de Moscú, se habían convertido en uno de los principales objetivos de los servicios secretos soviéticos

► rido en el antebrazo derecho por una bala que, como un cuchillo, le cortó los tendones. En el Hospital Militar de Lleida coincidió con su madre, voluntaria en la columna Durruti y también herida en el frente, como atestigua una fotografía aparecida en el órgano del PSUC, *Treball*, el 2 de septiembre de 1936.

LA SOMBRA DE LOS SERVICIOS SECRETOS SOVIÉTICOS

1937 fue el año crucial que marcó su experiencia posterior. Después de pasar por Madrid y el frente de Guadalupe, Mercader vivió los hechos de mayo de modo especial. Para entonces, los trotskistas y los miembros del Partido Obrero de Unificación Marxista, contrarios a las directrices de Moscú, se habían convertido en uno de los principales objetivos de los servicios secretos soviéticos, que tenían orden de presentarlos ante la opinión pública como una lacra que debilitaba el esfuerzo del proletariado en la actual guerra o incluso como un grupo que apoyaba directamente a los fascistas. Stalin en persona había justificado su persecución, como puede leerse en un informe al Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética que recoge el historiador Boris Volodarsky en *El Caso Orlov*: "Los trotskistas, que constituyen elementos activos de la destrucción subversiva y las actividades de espionaje de los servicios de inteligencia en el extranjero, hace tiempo que han dejado de ser una tendencia política dentro del movimiento de la clase trabajadora al servicio de una idea compatible con los intereses de la misma, y se han convertido en una banda sin escrúpulos de destructores, sabotadores, espías, asesinos, carentes de contenido ideológico que trabajan para organismos de inteligencia extranjeros... en

la lucha contra el trotskismo moderno no necesitamos los viejos métodos del debate, sino nuevos métodos de eliminación y exterminio". Así que

cuando en el mes de mayo eclosionó la persistente tensión en la retaguardia catalana entre anarquistas y poumistas, por un lado, y psuquistas,

La familia Mercader, formada por Ramón, Roquelia y tres niños que adoptaron estando ya en la Unión Soviética (Arturo, Laura y Jorge) se vio completada, a finales de los años 60, por dos magníficos perros a los que llamaron Iks y Nana, macho y hembra. Eran galgos rusos o borzois, comprados en el Club de Borzois de Moscú a un buen precio. Ramón salía a pasear con ellos mañana y tarde y eran ciertamente la envidia del vecindario. Al trasladarse a Cuba, los perros fueron en el avión con ellos, siendo también muy admirados, hasta el punto de que llegaron a aparecer en la película *Los sobrevivientes* (1977) del cineasta cubano Tomás Gutiérrez Alea. Cuando todavía conducía, Ramón iba con ellos a la playa de Miramar. Fueron unos perros muy queridos y mimados por los Mercader.

LOS PERROS MERCADER



Hasta hace poco no quedaba clara la relación de Ramón Mercader con las autoridades cubanas, en especial con la familia Castro, quiénes hoy en día siguen a la cabeza del gobierno cubano. En *Ramón Mercader, el hombre del piolet*, nos basamos en los relatos de Karmen Vega, hispano-soviética afincada actualmente en Miami, amiga de la familia Mercader, para demostrar la directa intercesión de Fidel para que Mercader pudiera ir a la isla caribeña, así como los fallidos intentos de encuentro entre ambos. Pero también contamos con el extraordinario testimonio de Jean Dudouyt, sobrino de Ramón, quién pudo estudiar en Cuba en las granjas experimentales de Ramón Castro, hermano mayor de Fidel y Raúl, gracias a la intercesión de su tío. Esta fotografía demuestra ese vínculo y da más realismo a la historia.

LA FOTOGRAFÍA CON RAMÓN CASTRO



republicanos y catalanistas, por otro, lo que se dirimió fue mucho más que escoger entre ganar la guerra y hacer luego la revolución o bien llevarlo a cabo en paralelo: para los comunistas más ortodoxos fue la ocasión propicia para desacreditar e iniciar todo un proceso en contra del POUM que acabaría con su ilegalización, el encarcelamiento de sus dirigentes y el asesinato de su líder, Andreu Nin. Y si bien Mercader no participó directamente de ello, sí que compartía con sus compañeros la necesidad de combatir a aquellos que eran considerados enemigos como contribución a la causa. Su momento tardaría todavía unos meses en llegar: sería en otoño cuando, después de una visita de su madre en la Sierra del Guadarrama, empezó su vinculación con el NKVD, el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (precedente del conocido y temido KGB). Al cabo de unas semanas volvería a Barcelona, de donde desaparecía ese invierno con un destino incierto.

UN FALSO BON VIVANT

Y ese destino fue París. Allí encontramos, en julio de 1938, al elegante, seductor y bon vivant Jacques Mornard, un estudiante de periodismo hijo de un diplomático belga que tenía la misión de entrar en contacto con una norteamericana, enlace del trotskista Partido de los Trabajadores Americanos. Con buenas palabras, invitaciones a espectáculos y buenos restaurantes, un trato exquisito y su indudable atractivo, Mornard consiguió encandilar a la estadounidense, quien pospuso su regreso unos meses para poder vivir un auténtico romance con aquel chico tan bien plantado. Esa fue la primera de las varias identidades falsas que tomó Mercader hasta el fin de sus días; y como habrán adivinado, el enlace era Sylvia Ageloff.

El caso es que supo cómo ganarse su confianza y su corazón, de modo que tiempo después de que ella retornara a Nueva York, habiendo redefinido ▶▶

► los objetivos marcados por sus superiores, Mercader zarpó con el vapor Ile de France, justo antes de que empezara la Segunda Guerra Mundial, rumbo a América. Estamos a finales del verano de 1939, momento en que empieza a perfilarse la llamada "Operación Utká" (Pato), que finalizaría un año más tarde con la muerte de Trotsky en México. ¿Pero cuál era el papel de Mercader, alias Raymond, en este asunto?

Con la tapadera de un encargo de trabajo para un empresario llamado Peter Lubeck, dedicado a la importación y exportación de productos, y una nueva identidad, le contó a Sylvia que próximamente tendría que ir a vivir a Ciudad de México. Albergaba la esperanza de que ella le siguiera, como acabó sucediendo, para así tener una buena excusa para ir acercándose al entorno de Trotsky quien, custodiado por guardias, vivía en una casita medio aislada en el barrio de Coyoacán, de donde salía poco. Su función sería, sobre todo, de vigilancia, pero no tenía nada que ver con el asesinato —al menos en ese momento—.

De hecho, Mercader, su madre y Leonid Eitingon no eran ni tan siquiera el grupo de apoyo para tal fin: el peso principal recaía sobre el célebre pintor muralista mexicano David Alfaro Siqueiros, que se veía complementado por otro grupo liderado por el también pintor Antonio Pujol (hijo de un emigrante mallorquín) y ambos aconsejados y supervisados por Yosif Grigulievich, un destacado agente soviético que tendría una larga carrera en los servicios secretos y que se cruzaría con Mercader otra vez en la Unión Soviética 25 o 30 años más tarde. Pero cuando inexplicablemente Siqueiros falló en su cometido, a pesar de contar con numerosos hombres fuertemente armados que dispararon más de 200 balas a diestro y siniestro, la red de informantes y agentes en México quedó expuesta. Él mismo acabaría detenido meses después.



► LA FAMILIA MERCADER cuando Ramón y sus hermanos eran niños. El asesino de Trotsky murió añorando aquellos años y su Barcelona natal.

EL DESEO DE VOLVER A CATALUÑA

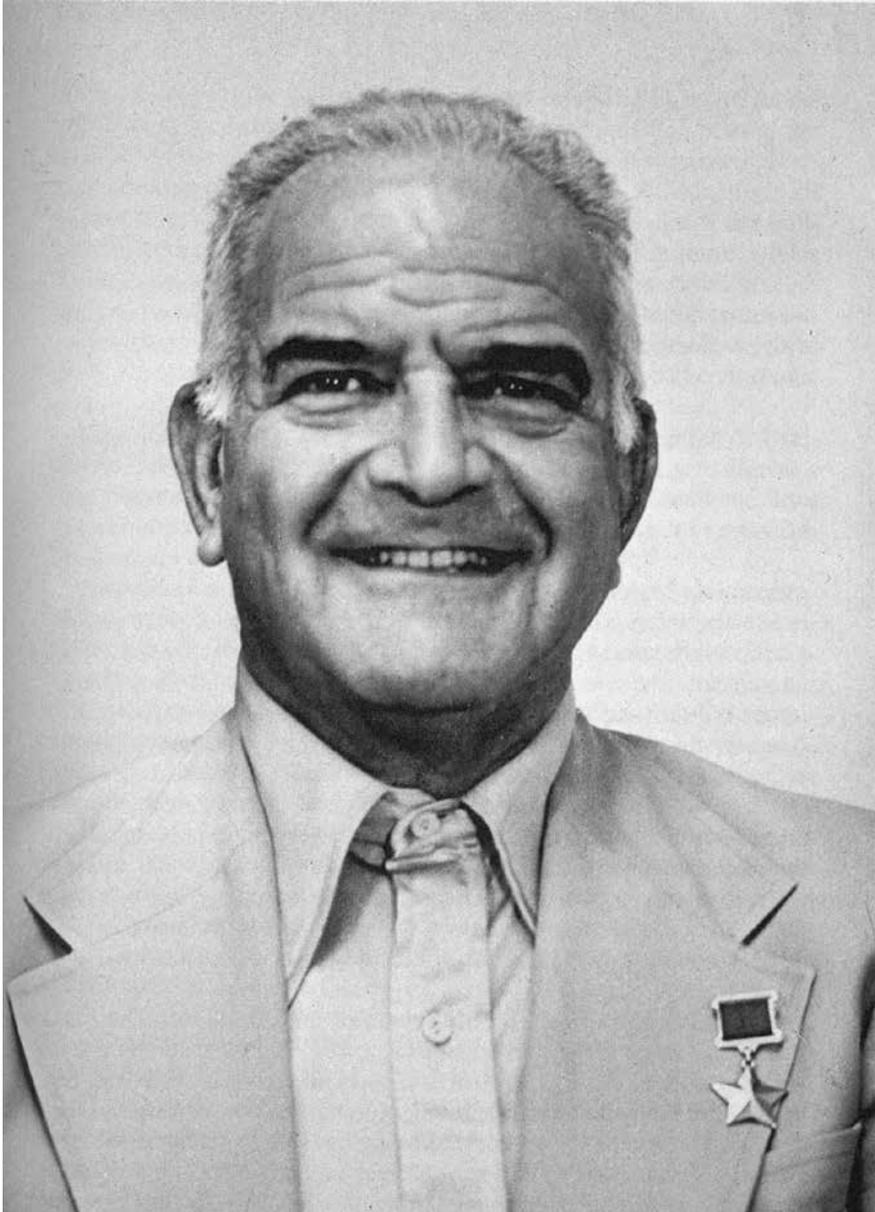
Los últimos años de la vida de Ramón Mercader se vieron enturbiados por una grave enfermedad que acabaría derivando en un cáncer de huesos. Pronto se dio cuenta de que no le quedaba mucho tiempo, así que en la correspondencia con su hermano empezó a aconsejarle no solo su regreso a España sino que también le exhortaba a que recuperase su lengua, el catalán, y le contaba cuánto le gustaría a él poder volver a Barcelona, aunque fuera a barrer las calles. Pero las gestiones que hizo resultaron infructuosas: le pidió ayuda a Santiago Carrillo para que el partido se involucrara en su posible retorno. Pero el precio que le pidió, en un momento en que Carrillo buscaba cierto distanciamiento con la URSS, era demasiado: tenía que escribir sus memorias, lo que equivaldría, por tanto, a traicionar a los suyos y a la propia causa, algo a lo que no estaba dispuesto. Así que acabó muriendo en la Habana, con la esperanza de poder volver a Sant Feliu de Guíxols, en la Costa Brava, donde veraneaba con su familia cuando era pequeño, cuando aún era feliz.

UN PLAN SENCILLO

Los responsables de los servicios secretos sabían que el tiempo iba en su contra y que no podían permitirse otro fallo. Después de contemplar diversas opciones, algunas disparatadas, llegaron a la conclusión de que lo mejor sería planear un ataque más simple, incluso individual. El propio Stalin apostó por un esfuerzo final para desembarazarse de Trotsky antes de que fuera demasiado tarde, y dio autorización a los suyos para que

se sirvieran de aquellos medios que les permitiera, de una vez por todas, cumplir la misión con éxito.

En esta coyuntura fue Eitingon quien tomó las riendas, ya que su grupo, al no verse directamente involucrado en el fallido asalto, estaba todavía plenamente operativo. Reunido en Nueva York con Ramón y Caridad, fue entonces cuando vieron que el único que podía ejecutar las órdenes era Mercader. En el libro de memorias que Luis, su hermano, escribió en 1990 con el



◀ **RAMÓN MERCADER** en 1977, 37 años después de su crimen, cuando la Unión Soviética le agradeció los servicios prestados declarándolo héroe nacional y concediéndole la Estrella de Oro que orgulloso luce en la imagen.

tomado bajo la dirección de Stalin. Y así, al conseguir quedarse a solas con Trotsky en su despacho, le asestó el mortal golpe.

El juicio al que se sometió fue largo, muy largo. Mercader cambió incluso varias veces de abogado y se sucedieron las apelaciones, interrogatorios, recreaciones de los hechos y vistas judiciales. Finalmente, el 27 de junio de 1944, se dictaba sentencia definitiva: veinte años de prisión, que cumpliría en la cárcel de Lecumberri, en Ciudad de México, excepto los últimos meses que sería enviado al penal de Santa Martha Acatitla.

No fue, sin embargo, hasta el año 1950 cuando se descubrió su verdadera identidad. Pero eso no impidió que en la cárcel conociera y se casara con Roquelia Mendoza, que fuera apreciado por los otros reclusos al llevar a término cursos de alfabetización y hacerse cargo de los talleres de carpintería y electricidad, que contara con la complicidad de los guardias, que varios periodistas se acercaran a él para tratar de sonsacarle información. Pero nunca habló, se mostró siempre fiel a los suyos y a la causa, incluso posteriormente, cuando cumplida la pena vivió en la Unión Soviética y en Cuba, y fue condecorado como Héroe de la URSS, distinción que había conseguido solamente un español antes que él: Rubén Ruiz Ibárruri, el hijo de la Pasionaria, muerto en Stalingrado.

La increíble biografía de Ramón Mercader es, también, la trágica historia de una generación de comunistas que confiaban ciegamente en la causa, en el líder, en la lealtad al partido, en la esperanza de contribuir a un mundo mejor mediante la revolución que tenía que llegar. Como dijo Teresa Pàmies, cualquiera de los jóvenes politizados de aquel momento podría haberse convertido en Ramón Mercader. ■

periodista Germán Sánchez, pone en boca de Ramón lo siguiente: "El escándalo fue formidable. Kotov [Eitington] estaba desesperado. Él tenía la orden de Stalin de matar a Trotsky y tenía que hacerlo. No podía incumplirla. Después de lo de Siqueiros llegó incluso a negociar con un aviador americano para que bombardeara la residencia; la cosa no llegó a cuajar [...]. Al final le vi tan desesperado que le dije: 'No te preocupes, lo haré yo'". De modo que cargando el peso de la

responsabilidad, delante de su madre y frente a su superior y amigo, Ramón Mercader escogió convertirse en el ejecutor de Trotsky.

Lo que viene seguidamente es ya más o menos conocido: aprovechándose de su amistad con los Rosmer y de una discusión interna entre los trotskistas, se ofreció para escribir un artículo sobre la posición que debían tener ante la Unión Soviética como estado obrero en aras de las dudas que había ante la deriva imperialista que había